

Salvador (Puig Antich)

id, 2006

FICHA TÉCNICA

España, 2006

Director: Manuel Huerga

Guión: Lluís Arcarazo basado en el libro de Francesc Escribano

Fotografía: David Omedes

Música: Lluís Llach

Duración: 134 minutos

FICHA ARTÍSTICA

Salvador Puig Antich: **Daniel Brühl**

Oriol Arau: **Tristán Ulloa**

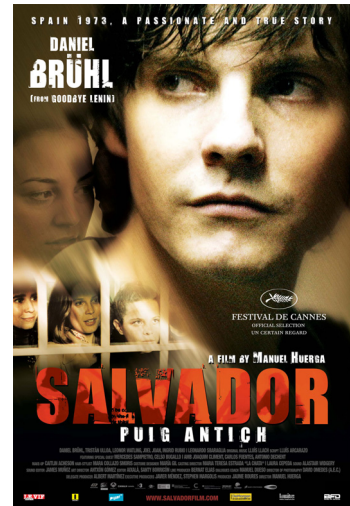
Jesús: **Leonardo Sbaraglia**

Oriol: **Joel Joan**

Padre Salvador: **Celso Bugallo**

Madre Salvador: **Mercedes Sampietro**

Inma: **Olalla Escribano**



Que nadie alerte los fusiles. «Salvador» no es una película doctrinal, maniquea o panfletaria. «Salvador» es simplemente una película. Consciente de lo que implicaba contar con la producción de una empresa como Mediapro, el director Manuel Huerga afirma haber intentado, fundamentalmente, hacer un largometraje para un público masivo. Con inquietudes, pero masivo: «"Salvador" no es un documental. Es una película. No nos interesaba hacer un tocho de adoctrinamiento político. Es decir, que no hace falta estar "preparado" para ver la película», afirma Huerga.

Y es que el espíritu que anima la película queda perfectamente claro cuando el cineasta desgrana la lista de directores de los que ha bebido para encontrar la inspiración: desde el Godard más maoísta al Ken Loach más grueso y reivindicativo, pero todo ello pasado por el filtro y la estética de las películas de Ridley Scott.

Contar cinematográficamente la historia de Salvador Puig Antich no fue, ciertamente, fácil. El caso todavía se está peleando y la figura del joven anarquista y la del grupo al que pertenecía -el muy peculiar Movimiento Ibérico de Liberación (MIL)- es incómoda a izquierda y derecha. Puig Antich murió ejecutado por el medieval método del garrote vil sin que nadie, excepto la familia, moviese un dedo para conseguir el indulto: «Ésta es una historia que provoca cierta mala conciencia en Cataluña. Hay gente con el trauma de saber que no hizo nada para salvar a Salvador Puig Antich. No hay que olvidar que era anarquista y lo que eso significaba para unos y otros. Así que murió ante la indiferencia de casi toda la sociedad, solo como un perro. Esa soledad es tremenda, hiela la sangre», explica Manuel Huerga.

Una historia necesaria

Más allá de las pretensiones comerciales del filme, tanto el director como el reparto coinciden en el deseo de mostrar «el verdadero rostro» del otoño del franquismo. «No todo era el seiscientos, los partidos de fútbol y los toros. Aquí había

una dictadura y se mataba», apunta el director de la película, quien, sin embargo, matiza: «No hemos filmado el retrato de un mártir, ni tratamos de hacer ningún tipo de venganza. Ésta es sólo una historia. Lo que pasa es que es una historia real y olvidada, así que de algún modo era necesario contarla».

Para el actor hispano alemán Daniel Brühl, que interpreta el papel protagonista, «Salvador», además, habla de motivos universales y fácilmente entendibles por todo el mundo, como el hecho de que «en todas partes hay o ha habido dictaduras, represión y revolucionarios». De cualquier manera, «si esto no basta también hay tiros, acción, historias de amor y persecuciones, con lo que los jóvenes pueden ir tranquilamente a ver la película con sus palomitas y eso», remata socarronamente Daniel Brühl.

Este joven y talentoso actor, hijo de padre alemán y de madre catalana, encabeza un reparto compuesto en su parte más principal por Tristán Ulloa en el papel del abogado Oriol Arau; Leonor Watling como Cuca, el gran amor de Salvador; Leonardo Sbaraglia como el funcionario de prisiones Jesús Irurre e Ingrid Rubio, quien encarna a Margalida, el último amor de Puig Antich.

Sin embargo ésta es una película coral por la que desfilan muchos más actores, entre los que se cuentan Celso Bugallo, Mercedes Sampietro, Carlota Olcina, Joel Joan... y así hasta setenta y seis más.

El pasado que vuelve

Una de las peculiaridades de «Salvador» es que buena parte de las personas que protagonizaron los sucesos de 1974 aún viven, así que algunos de los actores tuvieron la oportunidad de conocerlas: «Yo me fui a Mallorca a conocer a Margalida, a tomarme un café y charlar con ella con todo el respeto del mundo. Buscaba la esencia de una época que no viví, la de una juventud que buscaba un espacio donde poder soñar y respirar», explica Ingrid Rubio.

Otros, como Leonardo Sbaraglia o Leonor Watling, decidieron que era mejor no conocer al carcelero Jesús Irurre y a Cuca. A pesar de esto la actriz acabó por encontrarse con la persona a la que interpretaba en el celuloide y por aceptar un más que especial obsequio: «Cuando estábamos rodando Manuel me dijo: "¿Ves a esa señora del fondo tan atractiva? Pues es Cuca". Me daba una vergüenza horrible hablar con ella, pero al final lo hice e incluso nos acabó prestando el vestido de novia de verdad, el que vistió ella en su momento. Y me sentaba como un guante».

A quien Daniel Brühl conoció fue a las hermanas de Puig Antich, las personas que aún hoy siguen adelante en la brega por la reapertura del caso. Aunque al principio se mostraban un poco reacias, aceptaron el proyecto y dieron su visto bueno, lo cual «tranquilizó bastante» a Brühl. No sólo eso sino que tras ver la película en el pasado Festival de Cannes, dedicaron al actor un precioso elogio: «Me dijeron que por momentos se habían olvidado por completo de que estaban viendo a un actor, que a quien veían era a su hermano. Ésta es la mejor crítica que se me podía hacer», afirma Brühl, un tanto emocionado.

Su interpretación esconde puntos conflictivos, como el hecho de que Salvador Puig Antich era un joven con una ideología, como sucedía con casi todos los militantes del MIL, que chapoteaba en las aguas de muchas corrientes y que, además, incluía la lucha armada como modo de acción política: «Quizás el único punto delicado que encuentro en todo esto es el hecho de coger las armas para luchar. Pero ocurre que yo no puedo juzgarlo porque no he vivido jamás bajo una dictadura y no he sufrido esa opresión. Así que no puedo juzgarlo... no sé lo que yo haría en su caso».

Pese a toda esta carga ideológica y política inevitablemente implícita en la narración, Huerqa afirma que el único miedo que tiene es «que la película no guste». Además, espera que sirva a la tarea de las hermanas de Puig Antich: «Y si no, pues ahí queda la historia. Habrá merecido la pena».

[D. López Valle. Diario 'ABC'. Septiembre 2006]

Un cartel en el comienzo del filme nos advierte de que vamos a ver la historia "de un joven (...) que se atrevió a vivir sin miedo", con lo cual ya se está vallando un determinado terreno de juego: vamos a ver con ese joven, su historia nos va a ser explicada sin ocultar desde dónde se habla (desde la admiración por su arrojo, por su valentía; también, aunque eso es menos visible en el filme, desde una cierta velada ironía hacia los métodos que el joven, Salvador Puig Antich, uno de los últimos ejecutados por la dictadura franquista, y sus amigos pusieron en práctica para oponerse al dictador). O dicho con otras palabras, que estamos ante una cierta hagiografía laica de

un luchador antifranquista ejecutado, además, en un proceso judicial plagado de irregularidades.

De esta manera, Puig Antich (un extraordinario Daniel Brühl) será el hilo conductor para mostrar, en primer lugar, y qué duda cabe, su biografía; pero también ciertos tics generacionales, el ambiente de una época irrepetible, en la que un revolucionario que asaltaba bancos para apoyar financieramente huelgas obreras podía acostarse con una *hippy* amante de la astrología, en la que Pau Riba cantaba en Zeleste *Noia de porcellana*, o la *Suzanne* de Leonard Cohen podía ser la banda sonora de fondo de un buen coito. Y la lucha armada, claro, sobre la que la película pasa de puntillas (pero ¿acaso no era lícita contra una dictadura?).

Pero la manera que Huerqa y su guionista, Lluís Arcarazo, tienen de construir la adhesión hacia su personaje pasa también por la conversión de los policías en auténticas bestias, o en mostrar el rostro inhumano del verdugo (quien, por cierto, se comporta como los verdugos reales entrevistados por Basilio Martín Patino en *Queridísimos verdugos*); o, en fin, en mostrar un proceso de conversión de un celador (Leonardo Sbaraglia), de celoso guardián de un orden injusto en franco opositor a Franco.

Tal vez sin estos elementos tan descaradamente maniqueos (lo que no debe hacernos olvidar, por otra parte, que la policía de la época era así, o incluso peor; pero hablamos de credibilidad dramática, no de verosimilitud histórica), la película se hubiera podido hacer igual. Aunque, qué duda cabe, seguramente hubiera sido menos impactante: porque lo que no se le puede negar es que, al margen de algún detalle de puesta en escena demasiado estridentemente *modernete*, es que su guión y su puesta en escena conducen inexorablemente al espectador hacia un final impresionante, angustioso no sólo porque sabemos cómo terminó la historia, sino porque cada uno de los detalles de esa conclusión rezuma realismo y credibilidad, hasta hacer de la visión del filme un ejercicio casi irrespirable.

Y hay que agradecer a Huerqa, en todo caso, que no se esconda detrás de ninguna coartada facilona: la película jamás engaña sobre dónde están sus simpatías, dónde sus fobias. Y en alguno de sus momentos (como cuando Merçona, la hermana pequeña de Salvador, confiesa a su maestra que están matando a su hermano, o cuando en la televisión suena Peret cantando "Alegría, si quieres cantar, cantar, alegría de vivir", mientras llega a casa de la familia Puig Antich la noticia de la sentencia definitiva contra su hijo) la película se convierte en algo absoluto, magistralmente insoportable... como la propia historia del joven que no quiso vivir con miedo.

[M. Torreiro. Diario 'El País'. Septiembre 2006]